

LOS HOMBRES DEL MAÍZ

Testimonio de un ladino pobre sobre el cultivo del maíz en una región mam de la frontera sur de Guatemala a mediados del siglo XX

Carlos LÓPEZ

La jornada empezaba a las dos de la mañana: mi madre se levantaba más temprano que mi padre y yo, para comenzar a hacer la comida que nos pondría para llevar al monte —como se le llamaba a los terrenos que nos subarrendaba el latifundista—. Para la gente que se dedicaba a otras cosas, la hora nixtamalera anunciaba que ya era hora de levantarse; era la hora de Venus.

La siembra del maíz iniciaba con la preparación del campo; primero se chapeaba el huatal y luego se limpiaba hasta tres veces más el campo para llegar al nacimiento de las matas de yerbas. Los árboles de matiliguante y guachipilín no se tocaban, no sólo porque de tan duros hacían rebotar los machetes sino porque daban sombra, que era nuestro vaso de agua y el alero ideal para dormir la siesta cuando el sol estaba más alto y el monte cortado empezaba a oler a frijoles volteados.

Para la roza, se hacían montones de hierba, alejados de los mojones y de los árboles, y se les prendía fuego sin necesidad de combustible, que era escaso y caro. El petróleo era apesotado y servía para llenar unos botes con mechas que se convertían en candiles, pero más se usaba para curar las heridas causadas por los machetes o por las espinas de ixcanal —que eran las más grandes y parecían agujas— o las mordeduras de animales.

Cuando el campo quedaba cenizo sólo había que esperar las primeras lluvias de mayo para empezar a sembrar. En la hierogamia cielo-tierra, la lluvia es el esperma que fecunda. En k'iche', agua, lluvia y vegetación se traducen por la misma palabra. *Quic* quiere decir sangre, resina, savia y toda excreción líquida humana o animal, que se asimila a la lluvia. Mientras, la semilla del maíz tenía que estar camagua. Se separaban las mejores mazorcas y se espulgaban los granos de colores. El maíz blanco era el más cachimbo y el que más nos gustaba, pues el atol y los tamales de elote sabían distinto; también, las tortillas y los pishtones, los ticucos, los chuchitos, los tayuyos, los pequeños tamales que sustitúan a las tortillas. El maíz rojo era el más duro y el amarillo era el que “se les daba los coches”, el más barato. El negro no era muy frecuente. Había veces que salían mazorcas pintas quién sabe por qué.

Al empezar a llover no había que irse con la finta, sino esperar a que cayeran varios aguaceros que ablandaran la tierra y asegurarse que no le iba a faltar agua a los granos. Se iban haciendo los surcos con el punzón hecho de la misma vara; no se hería la tierra con metal. Se le sacaba punta al palo y se ensartaba en el suelo, se echaba para adelante la punta, se introducía el grano que se llevaba entre una bolsa de algodón que colgaba de la cintura y se ponía el pie sobre la tierra expulsada con el impacto.

Los surcos que hacía mi padre eran muy alineados, como si los hubiera dibujado con una regla, pero era porque ponía la guía con la misma pita que medía las cuerdas de terreno

cuando el terrateniente le asignaba el campo. Además, le gustaba dejar más espacio (que marcaba con un paso) entre las matas y entre los surcos. Lo que para algunos era pérdida de tiempo o de espacio, para él era una cuestión de respeto y de estética.

Al poco tiempo empezaban a salir las niñas de la tierra y era maravilloso el parto: la metamorfosis, los colores, las texturas, la creación. Era tiempo entonces de hacer la primera limpia. Como por mi tamaño no alcanzaba a doblar la cintura, trabajaba sentado o hincado y tenía que agarrar el machete con las dos manos para aguantar su peso. A veces, se me pasaba la mano y cortaba una milpa. Me ponía a llorar de tristeza, pero de inmediato la escondía debajo de la hierba, para evitar el regaño de mi padre. Él se daba cuenta, pero lo conmovía mi desconcierto y nunca me reclamó ni me pegó por eso. En realidad, nunca me pegó por nada. Una mirada suya era suficiente castigo.

Cuando la milpa ya superaba mi estatura, venía la segunda limpia, la siembra de pepino amarillo, dulce, ayote, sandía (que es símbolo de fertilidad, por eso a las novias en Vietnam se le regalan pepitas de sandía el día que se casan, y naranjas, que tienen el mismo significado), melón. En los mojones, donde siempre había árboles, se sembraba melocotón morado, largo, dulce. Y en un espacio de unos veinticinco metros cuadrados (equivalentes a una cuerda) sembrábamos tomate. Todo se daba muy bien. En agradecimiento, lo cuidábamos muy bien. A las matas de tomate, por ejemplo, nunca les echamos veneno; con un palito me encargaba de destripar los gusanos que las amenazaban. Andar entre el jitomatal era una delicia por el olor de sus plantas.

El secreto para que todo se diera era que se dejaba descansar un año la tierra. Jamás se forzó la cosecha con fertilizantes. Cuando las urracas, loros, tordos, pijuyes, clarineros, sanates, pixcoyos —pájaros que, dependiendo del lado que le canten a uno, avisarán si le irá bien o mal; si cantan del lado izquierdo es muerte—, hasta las tórtolas, querían robarse los granos de maíz, los ahuyentaba con aplausos. Me la pasaba corriendo, aplaudiendo entre el maizal el concierto que armaban todos esos hermosos animales perjudiciosos. No había dinero para comprar cohetes que provocaran su estampida. Y aunque hubiera habido con qué, a mi padre no le gustaba el ruido. Menos que les tirara con la honda. No le agradaba la idea de tener que herir a un animal que también necesitaba alimentarse. No me daba abasto con las aves —que me tenían bien medido, pues en cuanto corría para un extremo ellas se daban la vuelta al lado opuesto—, me volvían loco y tenía que llegar a auxiliarme mi padre.

Antes de empezar a doblar la milpa, se hacía la tercera limpia. Se cortaban los elotes tiernos para hervirlos, para el atol o los tamales, que, recalentados, agarraban otro sabor, más concentrado, más rico. Hasta crudos sabían muy bien los elotes, tenían sabor de leche, y asados sobre las brasas, con limón y sal, un poco más duros, alegraban el alma.

Venía entonces la etapa más triste y la más fatigosa. Había que empezar a doblar las matas que de tan verdes agarraban un color morado. Esto también tenía su tiempo: la cuenta la llevaban las matas más logradas. Con el lomo del machete se le daba el golpe a la mata y con la mano libre se le ayudaba a inclinarse. Entonces el sol se encargaba del resto: cuando todo el campo se ponía de color oro, empezaba la tapizca, en la que participaba de manera directa toda la familia, que trasladaba la casa del pueblo al monte. Mi hermano mayor y mis hermanas menores y mayores sufrían lo indecible por esos días, porque como ya iban a la escuela estaban acostumbrados a *haraganear*, según la concepción que se tenía del estudio. Las lunas de octubre que, no hace falta decirlo, son las mejores, alumbraban nuestras faenas nocturnas.